

EL CASTIGO DE UN ÁNGEL

El siguiente es un escrito encontrado en la celda del difunto Ángel Regalado Astete, recluido en la Cárcel de Alta Seguridad desde el día viernes 30 de mayo del 2003, quien murió desangrado luego de rebanarse el cuello con sus propias uñas en la madrugada del día jueves 26 de mayo del 2005.

EXPLOSIÓN JUSTIFICADA EN TRES ACTOS

Por: Ángel Regalado

LUNES 26 DE MAYO, 2003.

Lamo mis manos ensangrentadas en dolor y orgullo. Tengo sangre por todos lados. El cuchillo en mi mano me recuerda el por qué de mi actuar y me emociono al ver los resultados.

Escupo el cuerpo de don Sereno. Tiene La mirada perdida hacia el cielo, no pestaña, no respira. Sus órganos internos son ventilados por la abertura en su pecho, puedo ver sus pulmones; su ¿traquea?, quizás; sus entrañas regadas por el piso; su corazón negro y seco, cual carbón.

Los gritos angustiosos de doña Flor no me dejan disfrutar mi regalo de cumpleaños –lo supe al entrar en la cocina y ver el calendario–. Siempre odié sus gritos histéricos, pero por otro lado no hay nada como pasar un cumpleaños en familia. La veo tratando de escabullirse arrastrándose hacia la puerta principal –sus pies no le respondían bien hace ya un par de años, desde que se cayó en la ducha. Fue don Sereno

quien la encontró, pensaba que estaba muerta, lamentablemente sólo fue un golpe fuerte. Desde ese día se ayuda con un bastón para soportar su viejo cuerpo—, me acerco y la sorprendo con una patada en el rostro, cae sollozando pidiendo piedad de mis actos. Por un segundo creí ver sinceridad en su rostro y oírla en sus palabras. Me hincó a su lado, mis dedos acarician su pelo pajoso en un peinado perfecto, la tomo del moño y tiro su cabeza hacia atrás. Introduzco lentamente el cuchillo por el costado de su ojo derecho y ¡pop!, un chorro de sangre sale disparado junto con el ojo. A lo lejos una sirena de carabineros me indica que ya es tiempo de mi retirada, de mi huida triunfal, pero la excitación que recorre mi cuerpo no me lo permite. Le preguntó a doña Flor si alguna vez ella, y su esposo, se arrepintieron de todo el mal que me habían hecho, en respuesta unos agónicos gritos de auxilio invadieron mis oídos. La rabia se apodera de mi ser y comienzo a patearla con todas mis fuerzas hasta no escuchar nada más que mi bototo contra su cuerpo. No más gritos.

Caigo de rodillas al suelo, cansado, con la respiración a mil por hora, y la abrazo, la abrazo como ella nunca lo hizo conmigo, también abrazo a mi tío, y las lágrimas en mi rostro son el perdón por todo el daño que me han causado.

Ahora estamos a mano.

MARTES 20 DE MAYO, 2003.

Faltan sólo 6 días.

Hace un rato escuché a mi tía reclamando que no quería ir a la misa que todos los años se les hace a mis padres en su memoria, que estaba cansada, además ni siquiera eran familiares suyos. En respuesta mi tío le dijo en tono golpeado que no podían faltar,

piensa en qué diría la gente si no fuéramos, me basta con los murmullos a mis espaldas y que sospechen de que algo tuve que ver en la desaparición de mi hermano.

Tanteo el velador de mi habitación en absoluta oscuridad. Encuentro un par de velas y fósforos. La prendo y la pongo al lado de la foto de mis padres en honor a su aniversario, diez años han pasado.

Mi estomago se queja hace más de una hora. Sus molestos ruidos me hacen ir en busca de alimento. Tomo otra vela encendida y la pego cuidadosamente en el suelo sobre su misma esperma caliente. Me siento en silencio, expectante, concentrado, siento el rápido sonido de una garras contra el piso de madera y no me inmuto, la siento pasar frente mío una, otra, y otra vez, ya en su cuarto paseo frente a mí, abro mi mano y la estiro. El tiempo me ha hecho un experto en esto.

Recuerdo la primera vez. Llevaba 4 días sin comer y no aguantaba más, no tenía más de nueve años. Me acerqué al rincón de mi pieza –sótano– y la vi, tranquilita, la pobre buscaba alimento al igual que yo. Comencé a imaginar qué pasaría si un mendigo encontrara un banquete y al acercarse unos fierros gigantes apareciesen para caer sobre su cuerpo y aplastarlo contra el suelo. Sentí hasta pena por ella. Tome el pedacito de queso que estaba frente a su nariz y me lo comí, fue como comer aire. Tomé la rata en mis manos y comencé a morderla una y otra vez, luego de un par de arcadas vomité. Empecé a llorar desconsolado, no podía creer lo que estaba viviendo, pero no tenía otra opción, necesitaba llenar mi cuerpo de alimento. La volví a agarrar fuertemente y sin vacilaciones comencé a comer, mis dientes se apoderaron de una fuerza asombrosa, quizás fue la mezcla de rabia, odio y miedo. Al terminar me acerque al vomito y me lo comí.

Ahora no me como el pelaje del animal, uso mis largas uñas para abrirlo y comer sus interiores; tampoco como mi propio vómito, con el tiempo aprendí a controlar las arcadas.

Tomo la rata que recién se había paseado tres veces frente a mí, le pido perdón como lo he hecho con todas las que han tenido que sufrir el mismo destino, paso la uña de mi dedo índice sobre su barriga y la hundo rápido para evitarle el sufrimiento, luego comienzo a devorarla. Debo decir que las ratas no eran mi único alimento, habían veces que tenía suerte y una que otra cucaracha llegaba a mi boca deleitándome con su sabor agridulce, pero también de vez en cuando –tres o cuatro veces al mes– mis tíos lanzan por el agujero que conecta al sótano con el primer piso los restos de sus banquetes –originalmente era una puertecita que funcionaba para tirar la ropa sucia, a través de una rampa, llegando así a una cesta en el sótano donde se encontraban la lavadora y la secadora, y que ahora se encuentra mi colchón y un velador. Eso era cuando esta casa le pertenecía a mis padres–, me convertí en una especie de perro callejero que se come las sobras del restaurante.

Pensar que sólo faltan 6 días.

Debo permanecer encerrado por sus caprichos. Ellos fueron designados a cuidarme hasta mi mayoría de edad, pero de cuidados nada, me han tenido encerrado desde que legalmente se convirtieron en mis tutores. Respiro largo y profundo, llevo planeándolo hace un par de días, o quizás meses, años, no lo sé, no tengo mucha noción del tiempo. Estoy esperando el momento justo. Presiento que el momento justo ya va a llegar, no sé cómo explicarlo, no tengo una fecha exacta, no podría tenerla, no tengo calendarios ni relojes, pero siento dentro mío una extraña energía que me tranquiliza y me llena de adrenalina al pensarlo. Con mis uñas he ido astillando la madera circundante a la perilla. Falta poco, lo sé.

Cojo la foto de mis padres y lloro en silencio, no quiero que me oigan llorar.

Mis tíos almuerzan día tras día en la escena del crimen como si nunca hubiese pasado nada. Pensando en su desfachatez recuerdo aquella noche y mi dolor se transforma en rabia e impotencia.

Tenía unos siete u ocho años. Nunca me contaron la verdad pero yo lo vi todo tras las sombras de aquella noche. Don Sereno siempre tuvo rencor por el éxito de mi padre en la vida, un rencor acrecentado cada vez que se le pasaba la mano con los tragos, lo que, al parecer, era bien seguido. Como lo fue en aquella noche. Recuerdo haber despertado tarde, de madrugada, a causa del barullo en el comedor. Me levanté sin hacer ruido para ver qué pasaba. Me oculte entre las sombras y quedé petrificado viendo tal acto de violencia en contra de mis padres, nadie notó mi presencia. Desde aquel día nadie nota mi presencia.

Mi tío –don Sereno Regalado– había golpeado a mi madre con la botella de vino de la cena, dejándola tumbada en el suelo. El golpe le había hecho reventar la nuca contra la pared. Yo la veía sentada, con la vista perdida en la alfombra, sin saber si respiraba o no. Luego, con la misma botella, golpeó a mi padre. Sonó un ruido seco, hueco –como cuando se golpea una guitarra por la parte trasera–, luego la reventó contra la mesa convirtiéndola en una improvisada arma corto punzante. Mi tía –doña Flor– veía la masacre sentada en su silla, terminando su cena, bebiendo el vino suyo y el de los demás –quizás le pareció oportuno que si nadie más iba a beber no se debería votar tan buen vino–, gozaba viendo a su esposo abriendo a mi padre. Con la botella afilada enterró una y otra vez sus puntas en el rostro de mi padre, para luego finalizar su espectáculo abriéndolo desde el cuello hasta el ombligo.

Seis personas.

Mi madre sentada en el suelo dejaba una larga y gruesa línea de sangre en la pared. Mi padre se hallaba recostado con el rostro deforme, irreconocible; su pecho abierto me recordó un programa del embalsamamiento de los animales. Mi tío con los ojos bien abiertos miraba los cuerpos en el suelo, jadeaba cansado y excitado; de su rostro bañado en sangre no se veía otro rasgo que el blanco de su sonrisa. Mi tía, con una tranquilidad que se la quisiera un presidente en plena guerra mundial, terminaba su cena para luego levantarse, correr con una fuerte patada el cuerpo de mi padre y cerrar la cortina en caso de que alguien pasara por fuera. Y en la oscuridad un niño deseando que todo fuera una horrible pesadilla.

El terror que sentí ese día, el horror que recorría mi cuerpo era indescriptible, traté de ahogar mi llanto y darle movilidad a mi cuerpo para salir de aquel lugar en cuanto tuviera oportunidad. Pero para mi sorpresa –y asco– mis tíos comenzaron a besarse, a besarse con pasión, fuerza, violencia, mi tío –bañado en la sangre de mi padre– la golpeaba y escupía, eso parecía gustarle a mi tía que lo llenaba de elogios y palabras obscenas, se subieron a la mesa en un acalorado encuentro de cuerpos desnudos e hicieron el amor largo rato.

Terminado el asqueroso acto entraron en la cocina. Quizás para buscar algo con que limpiar el lugar, o quizás para buscar un bocadillo, a esas altura ya no sabía que pensar. Con sigilo subí a mi habitación sin ser escuchado y lloré bajo las sábanas toda la noche.

Un par de horas más tarde los sentí irse.

Dos días después me encuentro en un interrogatorio policial con Romana –la empleada–. Yo, sentado, miraba a los interrogantes en silencio. Los escuche decir que mi mirada los perturbaba, que tenía una expresión casi diabólica, con el seño fruncido y mirando de abajo hacia arriba; Romana, en un mar de lagrimas no sabía que hacer,

decía: –mi pieza no... no está en... la misma casa, está... está en el patio trasero, por eso les digo... que no pude haber visto ni oído nada–, el sollozo le entrecortaba las palabras y no aguantaba más de un par de segundos sin explotar en un mar de lágrimas por la “desaparición” de mis padres.

Nunca encontraron sus cuerpos.

Nunca encontraron culpables.

SABADO 20 DE MAYO, 1993.

Parece que mis papis y mis tíos se van a reconciliar. Papá invitó a cenar al tío Sereno y a la tía Flor para hacer las paces. Creo que mi tío no quiere mucho a mi papá, siempre están discutiendo. Y eso que son hermanos. En verdad no sé como serán las relaciones entre hermanos, pero pronto lo sabré. El otro día toqué la barriga de mi mami y sentí a mi hermanito patear, ella me dice que va a nacer como en un mes, por mi parte no hallo la hora de que nazca para tener a alguien con quien jugar.

En seis días más cumpla 8 años. Mis papis siempre me dan muchos regalos y lo mejor es que ahora mis tíos también.

Siento que éste será un gran cumpleaños.

Escucho unos pasos cerca de mi puerta y me hago el dormido. La dulce voz de mi mami me dice: –¿Angelito, estas despierto?–, no respondo. Me arropa y se despide con un beso en la frente. En eso suena el timbre y rápidamente corre para recibir a las visitas.

Minutos más tarde se sientan a cenar en el comedor. Me duermo entre brindis y risas fraternales.

No se cuanto rato habrá pasado, pero despierto con la voz golpeada y temerosa de mi padre diciendo: –...suelta la botella Sereno, no vayas a hacer algo de lo que te puedas arrepentir...–.